

ANÁLISIS COGNITIVO DEL VERBO *OLER*

JORGE FERNÁNDEZ JAÉN
Universidad de Alicante

1. PLANTEAMIENTO

El propósito de este trabajo es presentar un análisis del verbo *oler* llevado a cabo a partir de los planteamientos de la Gramática Cognitiva. Pretendemos aplicar al análisis de este verbo los postulados que desde 1987 (sobre todo a partir de las investigaciones de G. Lakoff y R. Langacker) se han desarrollado para explicar cómo funciona el lenguaje, postulados guiados por la tesis básica de que éste es un mecanismo cognitivo que le permite al Ser Humano conceptualizar la realidad y crear su pensamiento racional y abstracto. Por ello, en opinión de la Gramática Cognitiva, el lenguaje forma parte de los mecanismos cognitivos generales de nuestra especie, por lo que su estudio no se puede separar del estudio de otras disciplinas que también investigan la capacidad cognitiva del Hombre, como la psicología o la biología.

Asumir un planteamiento cognitivista en el campo de la gramática supone aceptar como hipótesis de trabajo varias ideas, que se pueden resumir en las siguientes (Cuenca y Hilferty 1999):

- a) El lenguaje no se puede separar de la realidad; nos permite comprenderla y comunicarla.

b) El lenguaje está fuertemente influido por el cuerpo físico del Ser Humano y por el entorno (*corporeización lingüística*), por lo que tenderá a reflejar en sus estructuras ciertas realidades fisiológicas y extralingüísticas.

c) La sintaxis es fuertemente simbólica, por lo que no se puede separar de la semántica; ambas se nutren mutuamente, y no es posible interpretar una sin tener en cuenta la otra.

d) La metáfora y la metonimia son recursos cognitivos generales, no meros embellecimientos retóricos. Por lo que al lenguaje se refiere, activan la motivación simbólica que une lengua y realidad y permiten dar forma a los significados y a las estructuras.

Como se ve, lo que la Gramática Cognitiva sugiere es que el lenguaje es una especie de verbalización del mundo, lo que explica las diferencias entre las distintas lenguas; cada comunidad desarrollará en su lengua unas características u otras en función de cómo sea su cultura (carácter enciclopédico de la semántica) y de la naturaleza del entorno en el que se muevan los hablantes¹. Por esta razón, es perfectamente factible como hipótesis de trabajo partir de las características extralingüísticas de los fenómenos para, a partir de ellas, interpretar las estructuras sintácticas y semánticas que las expresan. Precisamente esto es lo que pretendemos llevar a cabo con *oler*.

2. LA ICONICIDAD LINGÜÍSTICA

Si es cierto, como ya hemos apuntado, que el lenguaje está influido por la realidad y que, incluso, depende de ella en buena medida, es perfectamente posible que la estructura de las lenguas imite plásticamente determinadas realidades extralingüísticas; pues bien, llamamos *iconicidad lingüística* a este fenómeno (Cifuentes Honrubia 1994:9-63; Cifuentes Honrubia y Tornel Sala 1996:17-20). Consecuentemente, la tesis de la iconicidad implica entender que los signos lingüísticos son unidades que ponen en relación un polo

¹ No obstante, también existen estructuras que se pueden considerar universales en todas las lenguas al venir motivadas por causas que apenas difieren de una cultura a otra. De hecho, como veremos enseguida, los verbos de percepción muestran comportamientos muy similares en casi todas las lenguas del mundo.

fonológico y un polo semántico; pero a diferencia de lo que defiende el estructuralismo (que también tiene en cuenta, desde Saussure, estos dos conceptos) para el cognitivismo entre esos dos polos no se establece una relación arbitraria, sino que se establece una relación isomórfica, es decir, que se da entre ellos una sinergia que los hace coincidir, de manera que la estructura fonológica dependerá del significado y, por lo tanto, la estructura formal de las lenguas podrá explicarse parcialmente teniendo en cuenta cómo es la realidad y cuáles son las reglas lógicas que regulan el mundo. Si bien esta teoría no sirve para explicar muchas estructuras debido a que el principio de economía del lenguaje y la evolución histórica de la gramática erosionan la motivación cognitiva que subyace a la iconicidad (Cifuentes Honrubia y Tornel Sala 1996:30), lo cierto es que existen muchos fenómenos gramaticales que sólo reciben una explicación satisfactoria asumiendo este postulado.

No obstante, hemos de indicar que cuando hablamos de iconicidad lingüística no estamos afirmando que entre los signos lingüísticos y los referentes se establezca una relación de parecido físico²; lo que esta teoría defiende es que los casos de iconicidad que se dan en el lenguaje responden a un tipo de iconicidad que se denomina *iconicidad diagramática*. Un diagrama es un signo complejo (con diversos elementos) que remite a un referente complejo; pues bien, la iconicidad diagramática consiste, según esa definición de diagrama, en la reproducción en el lenguaje de las relaciones que mantienen entre sí las partes del diagrama-referente, no en la reproducción de las partes mismas (Pérez Saldanya 1998:841). Este modo de entender la iconicidad explica muchos hechos lingüísticos, algunos de los cuales son verdaderos universales del lenguaje. Veamos algunos ejemplos:

- a) Es una tendencia general en casi todas las lenguas que la formación del plural implique un aumento de la sustancia fónica: a más referentes, más sustancia fónica (Pottier 1993:40-41).
- b) Cuanto más gramaticalizada está una estructura, más próximos (en el nivel sintáctico) y fusionados (en el nivel fonético) están sus elementos, lo que se conoce como *principio de distancia* (Pérez Saldanya 1998:839-856).

² La llamada *iconicidad de imagen* prácticamente no se da en el lenguaje. Las onomatopeyas (palabras que imitan con su significante la realidad extralingüística a la que se refieren) serían una de las pocas excepciones.

- c) Cuanto más habituales y polisémicas son las palabras, más sencillas morfológicamente suelen ser. Por ejemplo, es extraño que el verbo *ser* en las distintas lenguas tenga más de dos sílabas (Kleiber 1990).
- d) Cuanto más compleja es una forma verbal en términos de tiempo, aspecto y modo, más compleja suele ser también su sustancia fónica. Por ejemplo, sería muy extraño que en una lengua concreta, determinada forma del subjuntivo fuese más sencilla que su correlato en indicativo.
- e) El orden de los afijos que constituyen una forma verbal suele estar relacionado con el grado de importancia que en esa lengua tiene el valor gramatical que ese afijo aporta. Por ejemplo, en español el afijo del aspecto siempre está más cerca de la base léxica que el del modo o el de concordancia (Pérez Saldanya 1998:839-856).
- f) La mayor o menor proximidad sintáctica entre dos elementos suele indicar relaciones de dependencia conceptual. Por ejemplo, lo más normal en casi todas las lenguas es que el CD vaya inmediatamente delante o detrás del verbo; separar demasiado el verbo de su CD supone atentar contra la relación lógica que la transitividad establece entre ellos (Cifuentes Honrubia y Tornel Sala 1996:26).
- g) En última instancia, el carácter lineal de los signos lingüísticos y de las ondas sonoras reproduce la linealidad del tiempo y de la causa (Cifuentes Honrubia y Tornel Sala 1996:26).

Por tanto, gracias a ejemplos como éstos, es posible asumir como hipótesis de trabajo que muchos elementos del lenguaje mantienen relaciones de iconicidad con respecto a determinados hechos extralingüísticos, lo que apuntala la tesis cognitivista de que el lenguaje es algo plástico y vivo, que suele configurarse gracias a la presión del entorno y a la subjetividad que le imponen los hablantes.

3. EL OLFATO DENTRO DE LAS PERCEPCIONES FÍSICAS: IMPORTANCIA Y CARACTERÍSTICAS

No todas las percepciones físicas o sensoriales son iguales desde un punto de vista fisiológico, ni todas tienen la misma importancia intrínseca; su valor dependerá de lo útiles que sean para la supervivencia en el medio. Por ello, cada especie adaptará sus órganos perceptivos (ojos, oídos, piel, etc.) del modo más idóneo para resistir en su medio y sobrevivir en él ya que, como viene

afirmando la biología desde los postulados de Darwin, sólo los animales que se adaptan al medio perduran. Consecuentemente, se puede entender que los sentidos corporales son las herramientas fundamentales de que disponen los animales para recabar información del exterior, elemento fundamental para la supervivencia. Pensemos por ejemplo en los grandes tiburones blancos; estos enormes animales constituyen un ejemplo perfecto de adaptación al entorno, por cuanto han logrado un grado de adaptación al medio óptimo. Poseen siete sentidos físicos, gracias a los cuales pueden detectar todo tipo de movimientos en el agua; además, también han desarrollado un sentido especial para percibir impulsos eléctricos, con lo que son capaces de detectar presas que se encuentran ocultas bajo la arena. En cuanto a su olfato, es tan sumamente agudo que les permite oler una mínima cantidad de sangre desde una gran distancia. Por todo ello, se puede afirmar que los grandes escualos siguen poblando los océanos gracias a que han sido capaces de adaptar sus atributos físicos a sus necesidades vitales; no disponen de una vista muy desarrollada ni de un gran oído, pero son unos excelentes cazadores gracias al extraordinario desarrollo de su tacto y de su olfato. Por ese motivo, los tiburones son capaces de recabar con mayor precisión la información externa que más vital les resulta: aquella que tiene que ver con la caza cotidiana.

¿Qué lugar ocupa el olfato en nuestra especie desde un punto de vista adaptativo? En comparación con otros animales, el Ser Humano dispone de un olfato muy pobre; en nuestra especie está mucho más desarrollada la visión y la audición, puesto que somos animales racionales que utilizan la abstracción cognitiva para desenvolverse en el medio. La información que nos proporciona el olfato resulta muy poco útil, mientras que los datos que nos ofrecen los ojos y los oídos son de importancia capital para poder sobrevivir. Por ello no es de extrañar que sean los verbos de la vista y los del oído los más lexicalizados en casi todas las lenguas del mundo (Viberg 1984:123-162; Luque Durán 2001:189-192) y que sean también los verbos que más rápidamente pasan de un significado físico a un significado intelectual (Santos Domínguez y Espinosa Elorza 1996:123-170)³.

³ Esto hace que en muchas lenguas un mismo verbo exprese tanto el significado de *ver* u *oír* como el de *conocer*. Por ejemplo, en griego clásico *horáo* asume los dos significados, tanto el físico como el intelectual, mientras que en hebreo es el verbo principal del oído el que expresa los dos valores (Luque Durán 2001:191).

¿Por qué le resulta poco útil al Ser Humano el olfato en comparación con otros animales? La respuesta a esta pregunta se encuentra al analizar cuáles son las características del olfato humano (Ibarretxe-Antuñano 1999:29-45; 2000:409-418). Para empezar, el olfato del Hombre es muy poco agudo; en nuestra especie no tenemos la capacidad de discriminar olores con precisión, por lo que casi nunca estamos seguros de a qué huelen las cosas. Además, los olores sólo los percibimos durante un tiempo muy concreto y limitado; una vez transcurridos unos minutos, éstos se nos vuelven "invisibles". Pongamos un ejemplo. Si entramos en una habitación que huele a jazmín, percibiremos ese nuevo olor nada más entrar, pero al cabo de unos minutos, nos habremos acostumbrado a él y ya no lo percibiremos ni tendremos conciencia de su presencia. Por ello, únicamente si salimos de esa habitación y volvemos a entrar transcurrido un cierto período de tiempo podremos recuperar esa olfacción concreta. Por lo tanto, la información que el olfato le proporciona al Hombre es siempre imprecisa y efímera, lo que explica su escasa relevancia⁴. Téngase en cuenta además que el órgano que se encarga de descifrar las percepciones olfativas (la nariz) está siempre abierto y activo, lo que provoca que el Ser Humano no pueda controlar casi nada esas percepciones.

4. EL VERBO *OLER* EN EL MARCO DE LOS VERBOS DE PERCEPCIÓN DEL ESPAÑOL

Llamamos verbos de percepción física a los encargados de expresar lingüísticamente el contacto con el medio que se produce con los distintos órganos corporales (Cano Aguilar 1981:147). Por tanto, tendremos cinco clases básicas de verbos de percepción, en

Por su parte, el tacto suele desarrollar proyecciones metafóricas en el campo de los sentimientos, mientras que el olfato y el gusto (los menos relevantes cognitivamente) suelen asociarse a los gustos personales (Sweetser 1984; Santos Domínguez y Espinosa Elorza 1996).

⁴ Cabe señalar que a diferencia de lo que ocurre con la vista, el oído y el tacto (que son sentidos que funcionan por medio de ondas, ya sean lumínicas o vibratorias), el olfato y el gusto son sentidos que se activan químicamente (Luria 1978); esta diferencia fisiológica no es en absoluto desdeñable en una especie como la nuestra que ha mitigado, gracias a su capacidad racional, muchas de sus pulsiones viscerales.

virtud de cuál sea el órgano encargado de descifrar los estímulos en cada caso: verbos de visión, de audición, del tacto, del olfato y del gusto. Pese a lo que pudiera pensarse, los distintos verbos que en cada lengua pueden incluirse dentro de esta categoría no funcionan de un modo equivalente; cada uno manifiesta en su estructura y capacidad semántica la importancia intrínseca del sentido que manifiesta (Fernández Jaén 2005), por lo que es un error analizar los verbos de la visión o de la audición y extrapolar los datos al resto de sentidos, dando por hecho que deben de funcionar de un modo parecido.

En español, como en casi todas las lenguas⁵, los verbos de visión y de audición son los más lexicalizados; a partir del tacto, la lexicalización va disminuyendo progresivamente, hasta llegar al verbo *degustar*⁶ que es el más monosémico y sencillo de todos desde un punto de vista gramatical. El verbo *oler* se encuentra en una fase intermedia; tiene desarrolladas bastantes estructuras y varios significados (tanto físicos como metafóricos), pero no deja de ser, como vamos a ver, un verbo poco relevante.

4.1. Estructura

El lingüista sueco A. Viberg publicó en 1984 un interesante trabajo en el que establece una tipología general de los tipos de verbos de percepción que existen; para llevar a cabo esta investigación, Viberg estudió un gran número de lenguas, pertenecientes a familias lingüísticas muy distintas. Tras analizar sus materiales, este investigador llegó a diversas conclusiones. Para empezar, se dio cuenta de que todas las lenguas estudiadas establecen la oposición entre percepción pura y percepción activa. ¿Qué quiere decir esto? Llamamos percepción pura a la percepción que se

⁵ Existen algunas lenguas en las que son otros sentidos los más lexicalizados. Por ejemplo, en la cultura Tzotzil de México se considera que la fuerza del cosmos procede del calor, por lo que es el tacto el sentido más valorado en esa cultura, mientras que los Ongee, nativos de las Islas Andamán, situadas en el Océano Índico, establecen los parámetros de su vida basándose en los olores (Fernández Jaén 2005). En este sentido, también podemos mencionar el caso de las tribus de los aborígenes australianos, que consideran, como se demostró hace unos años (Evans y Wilkins 2000:546-592) que el oído es el sentido más importante.

⁶ El verbo prototípico del gusto en español es *degustar*; *gustar* no es un verbo de percepción, sino un verbo psicológico (Fernández Jaén 2005).

produce de forma automática, espontánea y no controlada cada vez que entra en contacto con un órgano de percepción determinado estímulo; por su parte, una percepción activa es aquella que entraña una actividad, es decir, una percepción que sólo se produce si quien va a experimentarla realiza voluntariamente determinada acción. Por ejemplo, si me acerco demasiado a un fuego, experimentaré, lo quiera o no, una terrible sensación de calor, sensación que constituiría una percepción pura del tacto; por otro lado, la sensación que se deriva de degustar un vino es una percepción activa, ya que para que esa sensación se produzca el sujeto debe realizar una serie de acciones (levantar la copa, absorber el líquido, etc.). Lo que Viberg observa es que con los verbos de los sentidos más importantes (vista y oído) casi todas las lenguas lexicalizan una pareja de verbos distintos, que representan, respectivamente, la percepción pura y la activa⁷. En cambio, los sentidos menos lexicalizados suelen tener un solo verbo que asume, según el caso, la función de percepción pura o activa, siendo el contexto el encargado de determinar si se trata de un caso o del otro. En el caso del olfato, el español se encuentra en este segundo caso, siendo *oler* el verbo encargado de expresar el valor de olfacción como experiencia o percepción pura o el valor de percepción como actividad⁸.

Lo que sucede es que, debido a las peculiares características del olfato humano, la línea divisoria entre una percepción y la otra es muy fina, puesto que, en todos los casos, las sensaciones que nos proporciona la nariz son igual de efímeras.

Observemos atentamente los siguientes ejemplos:

- (1) Luis olió el perfume en cuanto se acercó a su vecina.
- (2) Luis olió el perfume para decidir cuál regalarle a su novia.

Aunque a simple vista estas dos oraciones puedan parecer similares, no lo son. En (1) tenemos un claro ejemplo de percepción olfativa pura; Luis se acercó a su vecina y, como ésta llevaba puesto mucho perfume, notó ese nuevo olor espontáneamente. Sin embargo, en (2) la situación es otra; el sujeto quería comprar un perfume y

⁷ Por ejemplo, en inglés se establece una oposición de este tipo entre *to see* (*ver* de forma pura o espontánea) y *to look* (*ver* con atención cognitiva, activamente).

⁸ *Oler* nunca podría formar una oposición con *olfatear* porque la acción de *olfatear* sólo la realizan determinados animales, no el Ser Humano. Con personas, *olfatear* tiene un significado intelectual (*intuir*).

para tomar una decisión olió activamente uno de ellos, aplicando en esa olfacción tanto concentración mental como un esfuerzo fisiológico (aspiración nasal). Consecuentemente, comprobamos que el mismo verbo asume tanto la función de percepción pura como la de la activa. No obstante, lo que sí comparten ambas funciones es la brevedad y la falta de control; Luis no podrá percibir el olor del perfume de su vecina durante mucho tiempo ni podrá pasarse horas oliendo perfumes en unos grandes almacenes ya que todas esas sensaciones desaparecerán pasado cierto tiempo.

Pues bien, podemos llamar *oler-1* a la variante pura de esta sensación, y *oler-2* a la activa. Lógicamente, cuando *oler* funcione como percepción pura representará, aspectualmente, un estado y tendrá un sujeto perceptor⁹, mientras que si entraña una actividad tendrá un sujeto observador¹⁰. Naturalmente, tanto *oler-1* como *oler-2* son verbos transitivos, cuyo CD es aquello que es olido por el sujeto. Además, un mismo sujeto puede pasar de *oler-1* a *oler-2* y viceversa sin ningún problema, cosa que no siempre sucede con otros sentidos más especializados.

Todo lo anteriormente expuesto sólo vale para los casos en que *oler* es un verbo transitivo que va acompañado por un CD que representa al objeto que despide el olor¹¹. No obstante, y esto es algo que sólo se da en español con este verbo de percepción, existen otras estructuras con *oler* en las que funciona como un verbo intransitivo cuyo sujeto sintáctico es el estímulo que despide el olor. Esta última variante de *oler* (que podemos llamar *oler-3*) tiene tres estructuras posibles:

- a) Sujeto-estímulo + verbo. Ej. *La comida huele*.

⁹ Los verbos de percepción, debido a su peculiar naturaleza, pueden tener sujetos sintácticos que desempeñen más papeles semánticos que los de agente o paciente. En concreto, los tipos de sujetos semánticos posibles con verbos de percepción se organizan en una escala que va desde la máxima agentividad hasta la máxima inagentividad: AGENTE < OBSERVADOR < PERCEPTOR < OBJETIVO / ESTÍMULO... < PACIENTE (Rodríguez Espiñeira 2002:437-489).

¹⁰ No lo consideramos un auténtico agente porque la acción de *oler* es muy breve y confusa, ya que, como hemos explicado antes, el Ser Humano no puede extraer demasiada información de algo oliéndolo.

¹¹ En nuestro corpus encontramos muchos acusativos internos del tipo *Olí un olor*, lo que demuestra que incluso cuando *oler* se emplea de un modo transitivo es habitual que el sujeto no sea capaz de determinar a qué huele el objeto.

En esta estructura no aparece ningún complemento acompañando al verbo; únicamente se indica que una realidad concreta despiden un olor. Es muy frecuente que en estas estructuras el verbo vaya acompañado por algún adverbio de modo que matice cómo es el olor, especialmente *bien* y *mal*¹².

- b) Sujeto-estímulo + verbo + suplemento¹³ con *a*. Ej. *Esta camisa huele a rosas*.

En estos casos, el suplemento indica la realidad a la que huele el sujeto. Se trata de una apreciación muchas veces subjetiva, ya que, por los motivos que ya hemos explicado, suele ser difícil determinar con precisión qué tipo de olor despiden las cosas. Debido, por tanto, a la dificultad de atribuir un referente específico al olor que despiden una realidad concreta, es tan fácil encontrar casos del tipo a) como del tipo b); cuando los hablantes se encuentran con una realidad que despiden un olor nuevo, normalmente explicitan que ese nuevo objeto huele (ofreciendo muy a menudo información subjetiva acerca de si ese olor es agradable o no) y sólo algunas veces se atreven a aventurar una hipótesis, en la forma de suplemento, acerca de cuál es la realidad cuyo olor reproduce el sujeto-estímulo.

- c) Sujeto-estímulo + verbo + CCM. Ej. *Mis manos huelen como el pescado*.

Esta estructura es una variante de la anterior. El complemento circunstancial de modo (CCM) encabezado por *como* indica cómo es el olor que despiden el sujeto-estímulo¹⁴, o bien especifica al olor de qué otro objeto se parece el del sujeto-estímulo¹⁵.

¹² En español, cuando se da esta estructura y no se especifica cómo es el olor con un adverbio, *oler* significa siempre “oler mal” (en un sentido físico), a no ser que el contexto indique lo contrario. Así, si yo afirmo que *este filete huele*, si no lo matizo de otro modo, lo que estoy afirmando es que ese filete despiden un olor desagradable.

¹³ En estas estructuras el sintagma preposicional viene exigido por el verbo, por lo que le otorgamos el rango de complemento argumental (suplemento) del verbo (Porto Dapena 1992:38-44).

¹⁴ Muchas veces el CCM se limita a especificar si el olor es bueno o malo, por lo que la estructura funciona, en realidad, como la a). Por ejemplo, la oración *Este guiso huele como el infierno* es sinónima de *Este guiso huele muy mal*.

¹⁵ También es posible fusionar las opciones b) y c), como se aprecia en casos como *Aquí huele como a papel quemado*.

4.2. Significados

El verbo *oler* tiene en español un total de doce significados o invariantes de contenido; de éstos, cinco pertenecen al dominio de las percepciones físicas, y los otros siete son proyecciones metafóricas de los cinco primeros. Los significados de *oler* son los siguientes:

SIGNIFICADOS FÍSICOS	SIGNIFICADOS NO FÍSICOS
Percepción pura o PP (<i>oler-1</i>)	Significado D (<i>sospechar, barruntar</i>)
Percepción activa o PA (<i>oler-2</i>)	Significado E (<i>averiguar, indagar</i>)
Significado A (primera variante de <i>oler-3</i>)	Significado F (<i>detectar, descubrir</i>)
Significado B (segunda variante de <i>oler-3</i>)	Significado G (<i>parecer, parecerse a</i>)
Significado C (tercera variante de <i>oler-3</i>)	Significado H (<i>sugerir, recordar</i>)
	Significado I (<i>ser algo malo, o parecerlo</i>)
	Significado J (<i>ser algo bueno, o parecerlo</i>)

Como se puede apreciar, las características fundamentales del olfato humano que estudiamos antes hallan su reflejo en el tipo de significados figurados o metafóricos que ha desarrollado *oler* a partir de sus cinco significados fundamentales; se trata de significados que se relacionan con el conocimiento del sujeto (significados D, E, F) o con la esencia del estímulo (significados G, H, I, J). Pero lo que comprobamos siempre es que lo que caracteriza a estos significados no físicos (tanto si se trata de conocimiento como si se trata de cómo es el estímulo) es su vaguedad referencial, su indeterminación y su falta de control, que son exactamente los rasgos básicos del olfato en el Ser Humano. Desde un punto de vista intelectual, el conocimiento que, metafóricamente, puede expresar *oler*, es muy impreciso (*sospechar*) o muy azaroso y accidental (*descubrir*), mientras que con el significado E (*averiguar*), nada garantiza que el conocimiento sea alcanzado (del mismo modo que, por mucho que nos esforcemos en determinar qué es algo oliéndolo, siempre cabrá la posibilidad de que fracasemos). En cuanto a la esencia del sujeto (*parecer, recordar, ser algo malo, o ser algo bueno*), se percibe claramente que se trata de significados muy ambiguos y que denotan dudas acerca de qué son (o parecen ser) las cosas, que es exactamente lo

que sucede con los significados físicos A, B y C: podemos encontrarnos con un estímulo, pero casi nunca sabemos con precisión qué es.

5. ANÁLISIS DEL CORPUS

Para llevar a cabo nuestro análisis del verbo *oler*, hemos creado y estudiado un corpus compuesto por un total de 1770 ocurrencias extraídas de la base de datos virtual *CORDE (Corpus Diacrónico del Español)* creada por la Real Academia de la lengua y que se puede consultar en la página web [www.http://corpus.rae.es](http://corpus.rae.es).

A priori puede parecer que este corpus no es lo suficientemente amplio, pero no es así; de hecho, en muchos casos nuestro corpus contiene todas las formas documentadas de la forma verbal buscada (dentro de los límites que hemos establecido). No obstante, en algunos casos, la búsqueda ofrecía tantas ocurrencias (sobre todo en las terceras personas del presente de indicativo) que no se podía trabajar con ellas; en esos casos seleccionamos sólo las ocurrencias contenidas en los textos narrativos, teatrales, poéticos y en todos los textos de ciencia y técnica (medicina, biología, etc.), obviando los demás. Hemos de precisar también que nuestro corpus sólo está compuesto por ocurrencias españolas (no incluimos textos de Latinoamérica) y que los casos abarcan desde el siglo XIII (primeras documentaciones) hasta el año de 1900.

5.1. *El anclaje en el presente y en la realidad*

Ya conocemos cuáles son las principales propiedades del olfato humano, y también sabemos que, en opinión de la Gramática Cognitiva, el lenguaje es una construcción motivada por el entorno y la realidad. Pues bien, si la hipótesis de la iconicidad lingüística es correcta, es de suponer que *oler* marcará los rasgos básicos del olfato humano de algún modo.

Lo primero que debemos señalar es que *oler* no es un verbo defectivo, es decir, no tiene restricciones en su conjugación por motivos semánticos¹⁶; nuestro verbo se puede emplear en cualquier modo, aspecto y tiempo. Asimismo, puede aparecer en construcciones perifrásticas. Sin embargo, el análisis de nuestro corpus revela que estos datos deben ser matizados.

En nuestro corpus están sin documentar muchísimas formas de *oler*; teniendo en cuenta que la base de datos *CORDE* almacena 200 millones de palabras, que trabajamos con un período de siete siglos y que estudiamos un verbo de percepción que constituye prácticamente un universal lingüístico, resulta más que evidente que el hecho de que muchas formas no estén documentadas prueba que, en realidad, los hablantes emplean poquísimos este verbo y que cuando lo hacen, lo conjugan en los tiempos y modos que más se ajustan a lo que cabe esperar de un verbo que expresa una percepción tan peculiar como la de *oler*.

A continuación ofrecemos la conjugación completa de nuestro verbo (incluyendo formas tan poco habituales en español como el futuro de subjuntivo); de las formas en cursiva no se ha hallado ni una sola documentación en nuestro corpus. De las que no están en cursiva hay documentación, pero muy variable; mientras que las formas de presente de indicativo y de gerundio están bien documentadas, muchas formas del subjuntivo tiene una o dos ocurrencias. Quiere esto decir que si pusiéramos en cursiva además de las formas no documentadas aquellas de las que nuestro corpus ofrece menos de diez ocurrencias (entre las que se encuentran, por ejemplo, muchas personas del pretérito perfecto de indicativo) el resultado sería todavía más sorprendente:

¹⁶ Un ejemplo de verbo defectivo sería el verbo *nacer*. Debido a su especial significado tiene vedadas muchas formas verbales, como la primera persona del futuro imperfecto (**Yo naceré, *Nosotros naceremos*).

CONJUGACIÓN DE OLER		
INDICATIVO		
Presente	Pretérito perfecto	Pretérito imperfecto
Yo huelo ¹⁷ Tú hueles Él huele Nosotros olemos Vosotros oléis Ellos huelen	Yo he olido Tú has olido Él ha olido <i>Nosotros hemos olido</i> <i>Vosotros habéis olido</i> Ellos han olido	Yo olía Tú olías Él olía Nosotros olíamos <i>Vosotros olíais</i> Ellos olían
Pret. pluscuamperfecto	Pretérito indefinido	Pretérito anterior
Yo había olido <i>Tú habías olido</i> Él había olido <i>Nos. habíamos olido</i> <i>Vosotros habíais olido</i> Ellos habían olido	Yo olí Tú oliste Él olió Nosotros olimos <i>Vosotros olisteis</i> Ellos olieron	<i>Yo hube olido</i> <i>Tú hubiste olido</i> <i>Él hubo olido</i> <i>Nos. hubimos olido</i> <i>Vos. hubisteis olido</i> <i>Ellos hubieron olido</i>
Futuro imperfecto	Futuro perfecto	Condicional simple
Yo oleré <i>Tú olerás</i> Él olerá Nosotros oleremos Vosotros oleréis Ellos olerán	Yo habré olido <i>Tú habrás olido</i> <i>Él habrá olido</i> <i>Nos. habremos olido</i> <i>Vos. habréis olido</i> <i>Ellos habrán olido</i>	Yo olería <i>Tú olerías</i> Él olería <i>Nosotros oleríamos</i> <i>Vosotros oleríais</i> Ellos olerían
Condicional compuesto		
<i>Yo habría olido</i> <i>Tú habrías olido</i> <i>Él habría olido</i> <i>Nos. habríamos olido</i> <i>Vosotros habríais olido</i> <i>Ellos habrían olido</i>		
SUBJUNTIVO		
Presente	Pretérito perfecto	Pretérito imperfecto
Yo huela Tú huelas Él huela <i>Nosotros olamos</i> <i>Vosotros oláis</i> Ellos huelan	<i>Yo haya olido</i> <i>Tú hayas olido</i> <i>Él haya olido</i> <i>Nos. hayamos olido</i> <i>Vosotros hayáis olido</i> <i>Ellos hayan olido</i>	Yo oliera/oliese Tú olieras/olieses Él oliera/oliese ¹⁸ N. oliéramos/oliésemos V. olierais/olieseis Ellos olieran/oliesen ¹⁹

¹⁷ En nuestro corpus también se documentan siete ocurrencias de la variante *güelo*.

¹⁸ En nuestro corpus también se documentan diez ocurrencias de la variante *oliesse*.

¹⁹ En nuestro corpus también se documentan tres ocurrencias de la variante *oliesen*.

Pret. pluscuamperfecto	Futuro imperfecto	Futuro perfecto
<i>Yo hubiera/hubiese olido</i>	Yo oliere	<i>Yo hubiere olido</i>
<i>Tú hubieras/hubieses olido</i>	<i>Tú olieres</i>	<i>Tú hubieres olido</i>
<i>Él hubiera/hubiese olido</i>	Él oliere	<i>Él hubiere olido</i>
N. hubiéremos/hubiésemos olido	<i>Nosotros oliéremos</i>	<i>Nos. hubiéremos olido</i>
<i>V. hubierais/hubieseis olido</i>	<i>Vosotros oliereis</i>	<i>Vos. hubiereis olido</i>
<i>El. hubieran/hubiesen olido</i>	Ellos olieren	<i>Ellos hubieren olido</i>
IMPERATIVO		
	Huele Oled	
FORMAS NO PERSONALES		
Simples		Compuestas
Oler ²⁰		Haber olido
Olido		
Oliendo		Habiendo olido

Como se aprecia, la reconstrucción de la conjugación de *oler* hecha con nuestro corpus revela que ésta es en extremo incompleta, aunque todas las formas de *oler* puedan existir.

Por lo que respecta a la distribución del total de las ocurrencias en modos y formas no personales, los resultados también son inequívocos, como se ve en el siguiente cuadro:

TOTAL OCURRENCIAS: 1770	PORCENTAJE
MODO INDICATIVO: 1009	57%
MODO SUBJUNTIVO: 311	17,5%
IMPERATIVO: 3	0,1%
INFINITIVO: 221	12,4%
GERUNDIO: 226	12,7%

Se aprecia claramente que el indicativo es el modo más representado, puesto que más de la mitad de las ocurrencias aparecen en ese modo. Por el contrario, el subjuntivo apenas si es representativo, al igual que el imperativo. Por su parte, el infinitivo y el gerundio tienen bastante representación.

Pero hay más; de las 1009 ocurrencias en indicativo, 602 pertenecen a formas de presente (sobre todo las terceras personas), por lo que vemos que el presente de indicativo es la variable más

²⁰ En nuestro corpus también se documenta una ocurrencia de la variante *goler*.

documentada del corpus, constituyendo un 59,6% del total de ocurrencias del indicativo y el 34% de todo el corpus.

¿A qué se debe todo esto? La respuesta es muy sencilla si se responde desde los presupuestos de la semántica cognitiva. El olfato del Hombre es imperfecto y no puede sostener durante mucho tiempo la percepción (sea pura o activa); por ello, la predicación de *oler* suele circunscribirse al momento presente (lo que explica también la abundancia de gerundios, puesto que éstos poseen valor durativo). Además, normalmente un olor no nos resulta tan decisivo como para recordarlo y expresar la olfacción en pasado (escasa importancia cognitiva) y es muy extraño emplearlo en futuro, porque la acción de *oler* es muchas veces azarosa, por lo que resulta inusual que se prevea y se hable de ella con antelación. Las percepciones puras llegan inesperadamente, y las activas sólo tienen lugar durante unos segundos en el presente.

Por lo que respecta al predominio del modo indicativo, la explicación radica en el tipo de información que aporta ese modo; el indicativo es el modo de la realidad, de lo que es efectivo, mientras que el subjuntivo expresa lo potencial, aquello que no es seguro, el mundo de los deseos y las dudas (Alarcos Llorach 1994:153-154). Por ello, las predicaciones con *oler* se expresan preferentemente en indicativo, ya que resulta muy difícil establecer con ellas deseos o construir estructuras potenciales, como por ejemplo oraciones condicionales²¹.

5.2. Significados más frecuentes

Por lo que respecta a la distribución de los distintos significados de *oler* en nuestro corpus, los datos también son reveladores y permiten apoyar la tesis de la iconicidad. Hemos de decir que sólo hemos trabajado, en lo que a la semántica se refiere, con 1714 ocurrencias; las otras 56 ocurrencias hemos tenido que descartarlas en este punto por tratarse de casos totalmente descontextualizados (como los tratados gramaticales, en los que se conjugan formas de

²¹ De hecho, la mayoría de los casos que se documentan en el subjuntivo pertenecen a la forma *huela*, y se emplean como imperativo de usted en tratados médicos para recomendar al paciente la olfacción de ciertos olores beneficiosos para su salud. La enorme abundancia de este tipo de textos explica la considerable presencia de percepciones activas en nuestro corpus.

oler con valor didáctico pero fuera de contexto) o bien por ser casos muy ambiguos²². En el siguiente cuadro se puede observar un resumen de estos datos:

SIGNIFICADO	OCURRENCIAS	PORCENTAJE
PP (percepción pura)	223	13 %
PA (percepción activa)	307	17,9%
A (variante 1 de <i>oler-3</i>)	450	26,2%
B (variante 2 de <i>oler-3</i>)	304	17,7%
C (variante 3 de <i>oler-3</i>)	30	1,7%
D (<i>sospechar, barruntar</i>)	58	3,3%
E (<i>averiguar, indagar</i>)	10	0,5%
F (<i>detectar, descubrir</i>)	109	6,3%
G (<i>parecer, parecerse a</i>)	35	2%
H (<i>sugerir, recordar</i>)	167	9,7%
I (<i>ser algo malo, o parecerlo</i>)	20	1,1%
J (<i>ser algo bueno, o parecerlo</i>)	1	0,05%

A la vista de esos resultados se comprueba que las variantes de *oler-3* (es decir, las estructuras intransitivas en las que el sujeto sintáctico es el estímulo sensorial) son, con diferencia, las más frecuentes (sobre todo la A), puesto que constituyen en total el 45,7% del corpus. Por su parte, las percepciones puras y activas están bien representadas, mientras que los significados metafóricos o no físicos son mucho más escasos. Esto demuestra que, a diferencia de lo que sucede con otros verbos de percepción, *oler* es empleado sobre todo como un verbo de significado físico; ahora bien, debido a que el Hombre dispone de un olfato mediocre y de que los olores suelen ser recibidos de forma accidental y espontánea, los hablantes del español han formalizado psicolingüísticamente esas peculiaridades por medio de una estructura intransitiva que focaliza

²² Recordemos que la distancia entre *oler-1* y *oler-2* es mínima y reversible, por lo que hay que recurrir muchas veces al contexto (que aparezcan adverbios que indiquen voluntad, por ejemplo) para determinar a qué tipo pertenece cada caso. Las ocurrencias con *oler-3* presentan muchos menos problemas.

la presencia del olor mismo (sujeto-estímulo) y deja al receptor (el enunciador de la frase) en un segundo plano, fuera del escenario perceptivo²³, como si no participara activamente en esa percepción. Además, es mucho más frecuente no lanzar una hipótesis en forma de suplemento o de CCM acerca de la naturaleza del olor que hacerlo, lo que vuelve a reafirmar la idea de que la información que el olfato le proporciona al Hombre es demasiado vaga e imprecisa como para resultarle rentable biológicamente.

6. CONCLUSIONES

Al principio de este trabajo planteábamos que, tal vez, debamos entender que el lenguaje es una verbalización del mundo, algo que explicaría los abundantes casos de iconicidad diagramática que se registran en todas las lenguas. De este modo, el lenguaje, tal y como defiende la Gramática Cognitiva, asumiría en su estructura las pautas lógicas que regulan la realidad, y reflejaría las principales características extralingüísticas de los fenómenos que comunica.

Después de analizar el caso del verbo *oler* estamos en condiciones de afirmar que su comportamiento general permite reafirmar la hipótesis de la iconicidad lingüística y, por extensión, reforzar la validez científica de la Gramática Cognitiva, puesto que los principales rasgos del olfato humano están representados en su funcionamiento (no arbitrariedad del signo). La vaguedad referencial y la falta de control de las percepciones olfativas (características que permanecen incluso en los usos metafóricos de este verbo) se manifiestan en el verbo *oler* en el hecho de que éste aparezca principalmente en estructuras intransitivas en las que el sujeto es el estímulo y en las que el paciente queda en un segundo plano en el escenario perceptivo²⁴. Por otro lado, la brevedad de las percepciones y su falta de relevancia cognitiva hacen que el verbo *oler* haya dejado muy poco sedimento empírico en la historia del español, puesto que suele conjugarse en presente y en modo indicativo, siendo el resto de posibilidades mucho más extrañas. Por

²³ Tomamos el concepto de *escenario perceptivo* de R. Langacker (1987).

²⁴ Algunas veces el paciente queda representado sintácticamente por un pronombre átono: *Me huele mal la comida*.

ello, creemos que *oler* se puede considerar un verbo defectivo en términos cognitivos, ya que, pese a que en teoría admite cualquier forma verbal, es utilizado casi siempre (de un modo inconsciente) en aquellas formas que se ajustan a la realidad extralingüística del olfato humano.

Por todo ello, comprobamos una vez más que el lenguaje es algo plástico y vivo que no permanece impermeable ante la fuerza del entorno; la realidad le da forma y, por ello, el lenguaje le ayuda al Hombre a categorizarla e interactuar con ella.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALARCOS LLORACH, E. (1994): *Gramática de la lengua española*, Madrid: Espasa Calpe.
- CANO AGUILAR, R. (1981): *Estructuras sintácticas transitivas en el español actual*, Madrid: Gredos.
- CIFUENTES HONRUBIA, J. L. (1994): *Gramática cognitiva. Fundamentos críticos*, Madrid: Eudema.
- CIFUENTES HONRUBIA, J. L. y TORNEL SALA, J. L. (1996): “El predicativo en español: iconicidad y gramática”, *Lingüística Española Actual*, XVIII/1, 17-47.
- CUENCA, M. J. y HILFERTY, J. (1999): *Introducción a la lingüística cognitiva*, Barcelona: Ariel.
- EVANS, N. y WILKINS, D. (2000): “In the mind’s ear: the semantic extensions of perception verbs in Australian languages”, *Language*, 76-3, 546-592.
- FERNÁNDEZ JAÉN, J. (2005): “Verbos de percepción sensorial en español: una clasificación cognitiva”, *Interlingüística*, 16 [en prensa].
- IBARRETXE-ANTUÑANO, I. (1999): “Metaphorical mappings in the sense of smell”, en R. Gibbs y G. Steen (eds.), *Metaphor in Cognitive Linguistics*, Amsterdam: John Benjamins, 29-45.
- IBARRETXE-ANTUÑANO, I. (2000): “¿Es la metáfora el único proceso que interviene en el cambio semántico?”, en R. Maldonado (ed.), *Revista Española de Lingüística Aplicada. Volumen Monográfico*, Logroño: Mugar Linotype, 409-418.
- KLEIBER, G. (1990): *La sémantique du prototype. Catégories et sens lexical*, París: Presses Universitaires de France.

- LANGACKER, R. (1987): *Foundations of Cognitive Grammar I. Theoretical Prerequisites*, Stanford: Stanford University Press.
- LUQUE DURÁN, J. de D. (2001): *Aspectos universales y particulares del léxico de las lenguas del mundo*, Granada: Método.
- LURIA, A. R. (1978): *Sensación y percepción*, Barcelona: Fontanella.
- PÉREZ SALDANYA, M. (1998): “Iconicidad y cognición en morfología flexiva”, en J. L. Cifuentes Honrubia (ed.), *Estudios de Lingüística Cognitiva*, Alicante: Universidad de Alicante, 839-856.
- PORTO DAPENA, J. Á. (1992): *Complementos argumentales del verbo: directo, indirecto, suplemento y agente*, Madrid: Arco/Libros.
- POTTIER, B. (1993): *Semántica general*, Madrid: Gredos.
- RODRÍGUEZ ESPÍNEIRA, M. J. (2002): “Las oposiciones léxico-gramaticales entre *mirar/ver* y *escuchar/oír*”, *Homenaxe a Fernando R. Tato Plaza*, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 437-489.
- SANTOS DOMÍNGUEZ, L. A. y ESPINOSA ELORZA, R. M. (1996): *Manual de semántica histórica*, Madrid: Síntesis.
- SWEETSER, E. (1984): “Semantic structure and semantic change: English perception verbs in an Indo-European context”, *LAUT Papers*, Series A 133: Trier LAUT.
- VIBERG, A. (1984): “The verbs of perception: a typological study”, en B. Butterworth, B. Comrie y O. Dahl (eds.), *Explanations for language universals*, Berlín: Mouton, 123-162.